

MEMORIAS DE ULTRATUMBA (II). *DE PARTE DE DON ÁLVARO DE BAZÁN, PRIMER MARQUÉS DE SANTA CRUZ*

María NUÑO CHICO



O, Don Álvaro de Bazán, primer marqués de Santa Cruz, lo mandé construir en la segunda mitad del siglo XVI. Contempladlo. ¡Cuántos avatares ha padecido desde entonces!: guerras, inadecuados usos, olvidos, torpezas... que arruinar pudieron la fábrica y las pinturas de este mi palacio del Viso. En vuestro tiempo, mis legítimos herederos, en consideración y respeto a mi memoria, dispusieron provisión de su mantenimiento en manos de la Armada española. ¿En las de quién mejor? A ella pertencí todos los días de mi vida. Por ella aún permanece mi nombre en el recuerdo de los hombres.

Seguramente habrá quienes se sorprendan de esta decisión mía, y les parecerá errado, en un marino, terminar su vida zabordado tierra adentro. No existía tal error. Antes que yo, mi padre lo había madurado en su mente al adquirir, mediante compra al emperador Don Carlos, el señorío que para mí constituyera, años después, en mayorazgo. Acababa yo de cumplir los doce años cuando mi señor padre y el secretario del Emperador, Don Juan Vázquez de Molina, firmaban en Toledo el contrato de compra-venta de estas tierras, el día 19 de diciembre del año del Señor de 1538. Y aquí está, herido, pero latiendo mis afanes en las pinturas de sus muros, guardando celosamente parte de la Memoria de España en sus archivos, y abriendo sus puertas a quienes, como vosotros, respetuosamente desean acceder a su interior, dotándole de nueva vida y sentido.

En este palacio habría deseado reposar mi cansado cuerpo, cuando éste ya no me sirviera para otra cosa que para la nostalgia de un azaroso pasado, en el que patrullara el mar Mediterráneo contra la piratería berberisca, y liblara de corsarios ingleses y franceses el Atlántico, en defensa de España y sus posesiones. Ya sin más enemigos que abatir que las perdices y los ciervos de las cacerías que en mis dominios proyectase, ni más oleaje que el de las espigas mecidas por el viento de mayo.

Sí, estas pinturas serían mi memoria cuando los hechos del pasado se obstinaron en desdibujarse, confundirse y desaparecer de mi mente con el paso de los días.

A los arquitectos que trazaron y levantaron este edificio dicté oportunas órdenes de diseñarlo conforme a los gustos de los nuevos tiempos, y a semejanza del que Andrea Doria, por entonces, hacía construir para sí en la ciudad de Génova. A los pintores, los Peroli (Nicola, Esteban, Francesco, Giambattista), los Castello (Giambattista y Fabrizio), a Cesare Arbasía..., hice precisas indicaciones para que reflejaran en estas paredes las batallas que jalonaron mi vida (Argel, Malta, Tetuán, Lepanto...), las ciudades donde tantas veces resonaron mis pasos y los de mis soldados, y en algunas de las cuales quedaron jirones de mi propia vida: Nápoles, Génova, Messina, Lisboa...

En las estancias de la galería alta había dispuesto que se representara a mi familia: a aquéllos de mis antepasados de los que aún se guardara memoria, a mis esforzados padres y hermanos, a mi primera esposa, Doña Juana y nuestras cuatro hijas; a mi segunda y última esposa, Doña María Manuela y nuestros hijos, de los que Don Álvaro, mi heredero, ya seguía por entonces la estela de los Bazán, surcando los mares defendiendo a España y su apellido. No hubiera sido igual mi vida sin ellos, sin su permanente ánimo, sin su cobijo en mis retornos, sin su compañía en tantas de mis campañas.

Y entre mis campañas, Lepanto: El fragor de aquella tarde de octubre quedó inmortalizado en una de las mejores salas de este palacio durante casi cuatro siglos. Nada ha quedado de ello, arrasado por quienes quizá nunca



Batalla de Lepanto.

entendieron el valor de los recuerdos ajenos. Y a pesar de todo, miradas curiosas en vuestro tiempo en vano lo buscan entre los frescos de estos muros. Pero el eco de aquella batalla aún permanece ligado a mi nombre: Tras serle arrebatada Chipre a Venecia por los otomanos en 1570, se consiguió aunar intereses y neutralizar las desconfianzas entre Venecia y España que, junto al Papa, formaron la Santa Liga. Estaba en juego el control del Mediterráneo por las fuerzas otomanas que, amenazantes, avanzaban apoyadas por los berberiscos norteafricanos... o por las cristianas. Las tropas de Selim II se enfrentaban a las de Felipe II. El verano de 1571 había sido ajetreado, entregado a la organización, reclutamiento, construcción y aprovisionamiento de las galeras, tras lo cual me uniría a las fuerzas aliadas que se iban concentrando en Messina.

Y allí estaban las galeras venecianas de Sebastián Veniero, y las del Papa bajo las órdenes de Colonna cuando, el 5 de septiembre, conseguí llegar desde Barcelona con mis bien aparejadas naves, que despertaran la admiración y el júbilo del resto de la Liga. Don

Juan de Austria, medio hermano del rey, parecía confortado. El día 15, luego lo supimos, mientras Messina nos despedía entusiasmada y esperanzada, los turcos arrasaban Corfú. Propuse salir a su encuentro con nuestra Armada, idea que de buen grado defendió Don Juan ante los renombrados capitanes



Escultura de Felipe II.

Marcantonio Colonna, Veniero, Doria... No era tarea fácil hallar el entendimiento entre aliados tan dispares. Salvo para él, que entonces desplegara su capacidad de persuasión, y todo el poder de seducción, de que Dios le había dotado.

Partimos. Don Juan de Cardona iniciaba la marcha de reconocimiento con sus siete naves, seguido por las de Don Juan Andrea Doria, con enseñas verdes, y tras él las banderolas azules de las 64 galeras de Don Juan. A continuación las de Barbarigo con sus estandartes amarillos. Detrás de todos, y a una conveniente distancia, las banderas blancas de mis 30 galeras de reserva, dirigidas desde mi Capitana, *La Loba*. Me correspondió el honor de ser el único capitán de la Liga, junto a Don Juan, que no tenía más órdenes precisas que las que el sentido de la oportunidad me dictase. El espectáculo que aportaba el color de las enseñas a tan gran escuadra era verdaderamente grandioso.

En la mañana del domingo 7 de octubre Don Juan, el joven y carismático capitán supremo de 24 años, medio hermano de Don Felipe, recorría la formación naval arengando a sus tropas cual gran cónsul antiguo. De regreso en su Capitana, mandó enarbolar su enseña azul. Alí Pachá hizo lo mismo con su estandarte de seda verde en el mástil de la suya. Allí estaban, mostrándose orgullosas y provocadoras, la *Sultana* de Alí Pachá contra la *Real* de Don Juan, la capitana de Uluch Alí contra la de Doria, la de Scirocco contra la de Barbarigo. Y en el viento, la Media Luna contra la Cruz.

Preparados los combatientes, llegaron las salvas del reto y los gritos, el entrechocar de naves y espadas, el crujir de las arboladuras, el estruendo de los cañones, culebrinas, mosquetes, trompetas, chirimías, tambores de guerra..., y la desesperada búsqueda del abordaje y la lucha, cuerpo a cuerpo, de nuestros expertos y valerosos Tercios contra los casi invencibles jenizaros turcos. No tardaron en confundirse y mezclarse los yelmos cristianos con los turbantes turcos. Aquella tarde, las aguas del mar se tiñeron de rojo sangre. La batalla terminaba a las cinco de la tarde. Después vino el dramático recuento de las pérdidas materiales y humanas, y el reparto del botín entre los vencedores. Lepanto dio la gloria a Don Juan de Austria. Y su gloria en esta empresa, también me alcanzó a mí.

A tan decisiva victoria en el Mediterráneo siguió la ocupación de Lisboa por los ejércitos del duque de Alba y mi Armada. En 1582, la conquista de las islas Terceiras, en el Atlántico, aseguró para mi señor Don Felipe la corona de Portugal, a la que legítimamente aspiraba como heredero de su madre, Doña Isabel de Portugal.

Pero aún me aguardaba la realización de un gran proyecto, la conquista de Inglaterra, que también hubiera deseado plasmar en estas paredes, si Dios no lo hubiera dispuesto de otra manera. En mi ánimo se había ido fraguando la idea desde aquel verano de 1562, en que forzado me viera a defender el Golfo de Cádiz de las incursiones de los piratas ingleses. La posterior victoria de la Armada en Lepanto, en 1571, me confirmó que Dios estaba dispuesto a favo-

recernos en nuestras campañas. Invadir Inglaterra era una empresa de envergadura tal, que se hacía imprescindible calcular, con la máxima precisión y tino, todos los posibles riesgos, con Francia y los Países Bajos próximos e indispuestos siempre contra España. Y con el Mediterráneo aún a merced de las frecuentes incursiones de los berberiscos. Pero no era imposible, y estaba decidido a arriesgarme a vencer, o a caer derrotado, echando por la borda mi prestigio militar. Soñaba con entregarla al rey de España, y obligarla a doblegarse ante él, como su nuevo dueño y señor. Y mi apellido, no voy a negarlo, permanecería para siempre vinculado al nombre de España en los tiempos venideros.

Así pues, en 1583 propuse a Don Felipe mi plan de invasión, en el que yo asumiría la doble responsabilidad del mando del Ejército y el de la Armada. Dilaciones y vacilaciones varias de Don Felipe fueron postergando la preparación de mi plan. En un despacho me recomendaba distraerme en la dispersión de los corsarios que en el Atlántico acechaban, ávidos, a nuestros galeones de la Carrera de Indias, aunque no ocultaba cierta complacencia con mi proposición. El rey de España podía esgrimir sólidas razones que justificaran la invasión, como vencer a la reina Isabel y restaurar el catolicismo, tan atropellado con la muerte de María, reina de Escocia, y resarcirse de los asaltos a nuestros repletos navíos de Indias, de los que Doña Isabel era, cuando menos, consentidora.

Corría el mes de enero de 1586 y, por fin, el rey me demandaba un detallado informe, que le remití sin tardanza. Los Tercios nos llevarían a la victoria, con la ayuda de Dios. Y la de los millones de ducados que, como siempre, aportaría Castilla, el verdadero soporte económico de las empresas de la Corona. La respuesta del rey me llegaba en 1587. Mi proyecto se llevaría a término, sí, pero Don Felipe encomendaba su realización a Don Alejandro Farnesio. La Armada tan solo se encargaría de despejar de corsarios el Canal de la Mancha, permitiendo el desembarco de los Tercios en Inglaterra. A eso se reduciría mi cometido. ¡Eso sería todo! Mi ánimo, sordo hasta entonces al desaliento, se quebró de repente.

Estaba obligado a la obediencia y fidelidad a mi rey, pero ahora era yo quien dilataba la respuesta a sus frecuentes despachos, cada vez más urgentes y conminatorios. En mi mente, una y otra vez, buscaba y rechazaba de inmediato las razones que pudieran haberle decidido a relegarme a segundo plano. Por otra parte, ya no me parecía que fuera tiempo de invadir Inglaterra. Al menos, no con éxito.

¡Bien me había avisado mi joven físico y leal soldado, Don Cristóbal Pérez de Herrera, de que la mente por sí sola se basta para zaherir el cuerpo y dar en él acomodo a la enfermedad! Desatendí sus sabios consejos. No pude realizar mi ambicioso proyecto. Ni mi palacio del Viso y sus pinturas pudieron nunca cumplir el fin primero para el que fueron concebidas. La pesadumbre y la traicionera muerte me cercaron en Lisboa cuando para mi rey, Don Felipe, aún

teja la estrategia de la invasión de Inglaterra con la más poderosa Armada que vieran los tiempos: La Armada Invencible. Alejandro Farnesio y el duque de Medina Sidonia, que me sustituía, se encargarían de intentar lo que fuera mi sueño postrero. Los acontecimientos que después sucedieron son bien conocidos por todos vosotros.

Tras mi transitorio paso por la iglesia de Santa María y el Convento de la Orden Tercera de San Francisco, y por avatares de la Historia, por fin reposo en mi sueño eterno aquí, en este mi palacio del Viso, mi refugio, mi paz, mi último puerto. Sometido a la imparcial Justicia Divina, y a la de los hombres, que me juzgarán también. Y que, tal vez, considerarán mis actos según la conveniencia de sus ambiciones. A todos yo os digo que fui lo que me correspondió ser por mi tiempo, mi condición y mi fortuna. Y que contribuí, en la medida que me fue dado, a la grandeza de España. En vuestras manos queda ahora. La Historia también os juzgará a vosotros por lo que hagáis, o dejéis de hacer por ella. Pero recapacitad un momento: la Ignorancia y la Debilidad de un reino hace fuertes a sus enemigos. Ninguna gloria cabe en ello.

Adiós.

